

LA EUCARISTÍA Y LA PENITENCIA: SU IMPORTANCIA EN NUESTRAS VIDAS

LA EUCARISTÍA:

Hablar de la eucaristía es hablar del misterio más grande de nuestra fe. Es hablar del don más maravilloso que se nos haya podido dar. Hablar de la eucaristía en sí, es hablar de Jesús mismo, nuestro Dios hecho carne que no ha querido irse para siempre, sino que por el contrario ha querido quedarse con nosotros para seguir siendo el pan único y partido que se reparte y comparte.

Este Jesús, del cual todos ya conocemos, no es sino un milagro de amor para nosotros. Este pequeñito que nacido en el seno de una familia pobre y humilde crece en estatura, en sabiduría y en gracia (Lc. 2,52) y que luego de reconocer plenamente su misión, inicia un camino en el que el amor y el dolor se van entrelazando hasta dar forma al único e incomparable Sacrificio en la cruz.

Este único sacrificio se ve ya vislumbrado el día del jueves santo, día en que Cristo, presintiendo ya el momento culmen de su vida terrena, decide hacer algo inimaginable, algo desconcertante y hasta incomprensible. Decide quedarse de una vez para siempre bajo las especies del pan y del vino. Sí, en estos pequeños e insignificantes dones Jesús se queda con nosotros. Tomen y coman, esto es mi cuerpo, tomen y beban esta es mi sangre... con estas palabras nos hace el regalo más grande de toda nuestra historia: la eucaristía.

“Nuestro salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz...” (SC 47).

Ese sacrificio de Cristo en la cruz se sigue repitiendo día a día en cada eucaristía. Dirá san Agustín: ***"Reconoce en este pan lo que colgó en la cruz, y en este cáliz lo que fluyó de Su costado..."*** y es que en cada eucaristía Jesús sigue entregándose, sigue donándose, sigue dándose todo él por nosotros, por nuestra salvación por nuestra liberación de la opresión del pecado. En cada eucaristía se sigue ***actualizando este sacrificio de Cristo salvador que incluye la ofrenda de la Iglesia. Cat. 1330.***

Pero la eucaristía no solo es sacrificio, sino también banquete del señor, alimento para nuestras vidas. Jesús, en la última cena se da como alimento de vida eterna para sus discípulos y apóstoles y en ellos, para toda la humanidad, incluso para Judas el Iscariote quien será el que momentos después lo traicionará. No hizo distinción alguna, sino que se dio por y en el amor sin medida, sin reserva, porque para él todos somos valiosos y sabe muy bien, que todos estamos necesitados de ese alimento.

Desde ese día y siguiendo su mandato, hagan esto en memoria mía, este único sacrificio se sigue realizando sin interrupción en todas partes del mundo. En todo lugar y a toda hora, se celebra la eucaristía, la cual sigue siendo el centro de la comunidad eclesial, que se reúne una y otra vez en torno a Jesús sacramentado.

Estoy convencido que, si supiéramos solo un poquito más de todo lo que sucede en la eucaristía, otra sería nuestra historia, otra sería la historia de nuestro mundo.

En cada eucaristía Cristo mismo se sigue dando como alimento, como ese pan de vida bajado del cielo que se nos da sin medida, que se nos entrega porque nos ama y conoce nuestra hambre de Dios. Pero al igual que es su tiempo, en nuestro hoy, muchas veces seguimos abandonándolo, seguimos dejándolo sólo en los momentos más duros de su vida, en los momentos en los que más necesita de nosotros, de nuestro corazón, de nuestra propia vida.

Dice santa Ángela de Foligno: "Si tan solo pausáramos por un momento para considerar con atención lo que ocurre en este Sacramento, estoy seguro que pensar en el amor de Cristo por nosotros transformaría la frialdad de nuestros corazones en un fuego de amor y gratitud."

Y es que es eso. La eucaristía es fuente de amor de Jesús para con nosotros, amor que nos transforma que nos hace hijos con el Hijo, hermanos unos de otros y amados de nuestro Dios.

A veces, por la rutina o por la vida tan agitada que vivimos, y ahora por todos los cambios que conlleva esta cuarentena, como que le hemos perdido un poco el sentido a la eucaristía... Si al menos comprendiéramos un poquito lo que sucede en cada eucaristía, pienso que nuestra vida sería diferente.

Hoy experimentamos mucha pobreza y cada vez más, oímos el clamor de la gente que pasa hambre y necesidad. Es muy dura la situación que vivimos y desde lo poco que tenemos, tratamos de compartir y aliviar en algo tanta necesidad. Pero hoy también, oímos el clamor de mucha gente que necesita a Dios en sus vidas, que nos gritan sin hablar, que nos hacen sentir su necesidad espiritual de muchas maneras, y ¿qué hacemos para saciar esa hambre?... a veces rezamos por ellos, hacemos algún acto piadoso, en fin, tantas cosas que se pueden hacer. Pero Imagínense poder saciar nuestra hambre y sed de eternidad, nuestros deseos de Dios, con un pedacito de pan y en un poquito de vino. Eso es la Eucaristía, el alimento más importante que necesitamos en nuestra vida de fe. Qué maravilloso y grande es nuestro Dios que, en cada eucaristía, recibe de nosotros estas cosas tan insignificantes (un trozo de pan y un poco de vino) y nos da a cambio su propio cuerpo y su propia sangre para alimentarnos, para llenar nuestros vacíos existenciales.

Esto es la Eucaristía, un trueque constante de amor, de entrega, de misericordia, de redención.

Es por eso que no debemos ser indiferentes ante tan gran misterio de amor.

Para muchos la misa es una costumbre o tradición, un conjunto de ritos aburridos y pasados de moda que no llaman la atención, una pérdida de tiempo... Pero qué equivocados están los que piensan así.

La Eucaristía no es nada de eso. Al contrario, es el tiempo más precioso que podemos tener. Es gozar un poquitito de lo mucho que gozaremos en el cielo. Es ser como ángeles en torno al Dios vivo y resucitado.

La Eucaristía es estar con el Señor que nos llama, que nos ama, que nos espera siempre para darse una y otra vez. Pero también es una celebración en la que se encuentra la comunidad, para agradecer, glorificar, alimentarse y amarse como miembros de este pueblo de Dios que es la Iglesia. Dirá el catecismo, "la eucaristía significa y realiza la

comuni3n de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acci3n por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Esp3ritu Santo los hombres dan a Cristo y por 3l al Padre”.

Pero, ¿Cu3les son los frutos del sacramento de la Eucarist3a?

1) La Santa Comuni3n nos une a Cristo de una manera muy estrecha e 3ntima por medio de una gran caridad y vehemente amor.

San Cirilo de Jerusal3n nos dice que: *"As3 como dos pedazos de cera derretidos juntos no hacen m3s que uno, de igual modo el que comulga, de tal suerte est3 unido con Cristo, que 3l vive en Cristo y Cristo en 3l."*

2) La comuni3n nos separa del pecado: nos purifica para poder ser uno con Jes3s eucarist3a. Dice el catecismo, no solo nos separa del pecado, sino que tambi3n nos previene de futuros pecados.

3) La Eucarist3a aumenta la fe, la esperanza y, sobre todo, la caridad. Aumenta la fe por el acto de fe que hacemos al recibir a Cristo en el Sacramento. Aumenta la esperanza porque la Eucarist3a es prenda y garant3a de la gloria y de la vida eterna. El mismo Cristo dijo: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitar3 el 3ltimo d3a” (Juan, 6, 54). Aumenta, sobre todo, la caridad seg3n aquello de san Pablo: “La caridad de Cristo nos apremia” (2 Cor, 5, 14) ya que la comuni3n nos une a Cristo. “Es la caridad para con Dios y con el pr3jimo, una caridad no solo afectiva sino efectiva (nos hace amar a Dios y al pr3jimo realmente). De este modo la Eucarist3a es v3nculo de caridad que une los diversos miembros de toda la familia cristiana: a los pobres y a los ricos, a los sabios y a los ignorantes en la misma Santa Mesa; une a todos los pueblos de la cristiandad”.

4) La Eucarist3a hace la Iglesia. Y es que al comulgar nos unimos a Cristo y por 3l, a la Iglesia.

5) Entraña un compromiso en favor de los pobres.

Como vemos, si no conocemos, no amamos, y si no amamos, no vamos a poder gozar y vivir plenamente nuestras celebraciones eucar3sticas. Bien dicen que nadie ama lo que no conoce.

Por eso, es necesario conocerla, para gozar con ella, para amarla y participar no como quien acude a una obra teatral ni a una representaci3n, sino como aquel que es parte de un banquete de hermanos, en donde Cristo es el que nos convoca, el que nos sirve, el que se da.

Mucho m3s podemos decir de la Eucarist3a, mucho m3s podemos leer de la eucarist3a, pero todo eso no sirve de mucho si es que no estamos convencidos de lo que es realmente y de lo importante y vital que es para nuestras vidas.

Ahora no podemos celebrar la Eucarist3a con toda la feligres3a presente, por precauci3n, prudencia y en salvaguarda de la integridad de la salud y de la propia vida de cada uno de nosotros. Pero podemos gozar de ella a trav3s de los medios de comunicaci3n. Cu3ntas misas diarias y de todas partes de mundo se transmiten por las redes sociales y vemos

cómo la Iglesia va buscando los medios necesarios para que todos sigamos viviendo la Eucaristía. Añoramos comulgar, pero por ahora físicamente no podemos hacerlo. Pero podemos hacer la comunión espiritual y sentir cómo con cada celebración Cristo nos sigue alimentando en el corazón, nos sigue instruyendo con su Palabra, nos sigue convocando en torno a su mesa y nos sigue recordando que somos hermanos, que está junto a nosotros a pesar de las distancias y que nos ama sin medida a pesar de todo lo que estamos pasando.

Pienso que este tiempo en el que vivimos, nos invita a cambiar, a repensar nuestras vidas, a devolverle a Dios el lugar central en ellas. Es el momento de ser transmisores de su amor nuestros hogares, de gozar con nuestros familiares de la eucaristía, de acercarlos más a ese Dios que se sigue dando por nosotros y que clama un poco de atención de nuestra parte.

Hoy más que nunca debemos ser personas eucarísticas. Que encontremos la fuerza para caminar diariamente en Jesús eucaristía, que nos alimentemos de Él, al menos de forma espiritual, para tener vitalidad siempre nueva y gozosa que contagie, que anime, que motive, que dé ejemplo a tantos hermanos nuestros que andan extraviados sin conocer a Cristo en la eucaristía.

Dice san Francisco de Sales: *“Haz, pues, todos los esfuerzos posibles, para asistir todos los días a la santa Misa, con el fin de ofrecer... Con el sacerdote, el sacrificio de tu Redentor a Dios, su Padre, por ti y por toda la Iglesia. Los ángeles, como dice San Juan Crisóstomo, siempre están allí presentes, en gran número, para honrar este santo misterio; y nosotros, juntándonos a ellos y con la misma intención, forzosamente hemos de recibir muchas influencias favorables de esta compañía. Los coros de la Iglesia militante, se unen y se juntan con Nuestro Señor, en este divino acto, para cautivar en Él, con Él y por Él, el corazón de Dios Padre, y para hacer enteramente nuestra su misericordia. ¡Qué dicha para el alma aportar devotamente sus afectos para un bien tan precioso y deseable!”*.

El amor se paga con amor. Amemos a aquél que nos amó hasta el extremo y démonos el tiempo para estar con él en ese maravilloso momento en el que se entrega totalmente a ti, la eucaristía.

LA PENITENCIA:

Vivimos tiempos difíciles y en una sociedad en la que, pienso, se ha perdido el sentido de pecado. Aparentemente todo está bien, todo lo que hagamos está justificado, todo se pasa por alto, total, a veces decimos, “si él lo hizo por qué yo no lo puedo hacer”, pero sobretodo decimos eso cuando se trata de cosas no tan buenas, como son, la corrupción, el engaño, el robo, la violencia, la deshonestidad... en fin, tantas cosas que no son ajenas a nosotros ni a los que nos rodean.

Justamente, en medio de este contexto, es que nosotros, como cristianos estamos llamados a ir contra corriente, a ser testimonios, a denunciar todo aquello que no es correcto, pero sobre todo a ver qué estamos haciendo mal en nuestras propias vidas. Necesitamos hacer un alto en el camino para examinarnos a la luz de Aquél a quien seguimos, Jesucristo.

Si hacemos eso, vamos a darnos cuenta que tenemos cosas que hemos ido asumiendo y que destruyen nuestra relación de amor con Dios. Pequeñas o grandes infidelidades, desamores, alejamientos voluntarios... que nos impiden estar en intimidad con Jesús.

A esas cosas que nos apartan del amor de Dios, se le llama pecado. Y a lo largo de nuestra vida una y otra vez los cometemos, porque como seres humanos somos débiles. Pero, hasta donde nos ama nuestro Dios que no ha querido dejarnos perdidos en nuestros pecados, no ha querido que vivamos alejados totalmente de Él, que nos perdamos en todo aquello que destruye nuestra alma y nos hace infelices. Por eso, porque nos ama, nos ha dejado el sacramento de la reconciliación o penitencia.

Vemos entonces, que es Dios mismo el que toma la iniciativa y depende de nosotros recibir o rechazar esa invitación a estar con Él.

Este sacramento fue instituido por Jesucristo en la tarde pascua: “recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados...” (Jn 20, 22-23).

Esto lo hizo para que todos aquellos que, por el pecado, hemos perdido la gracia bautismal, podamos reconciliarnos con Dios. Y es que la Reconciliación, esto es, **la amistad y la paz entre Dios y la humanidad**, viene a través de Jesucristo, a quien el Padre envió y entregó a la muerte para que expiara el pecado del mundo y redimiera a los hombres. **Con su muerte y resurrección Jesucristo se convierte en el centro de la humanidad reconciliada, en la fuente de toda reconciliación.** La reconciliación de la humanidad con Dios lleva necesariamente consigo la reconciliación de los hombres entre sí.

De aquí se desprende que, nuestros pecados no solo nos dañan, sino que también dañan a toda la Iglesia que es el cuerpo místico de Cristo y del cual formamos parte.

Por eso, Dios nos tiende la mano y nos regala este sacramento de amor, mediante el cual, recuperamos la gracia perdida, nos reconciliamos con la comunidad eclesial, se redimen las penas que ocasiona el pecado, se logra la paz y la serenidad de conciencia, el consuelo espiritual...

Sabes que en este sacramento debemos confesar los pecados a un sacerdote, mediante el cual, Cristo mismo nos perdona. Hoy en día, en que vivimos este tiempo de pandemia es imposible salir de nuestras casas y más aún hablar cara a cara con otra persona. Entonces, se nos complica la celebración de este sacramento. Mucha gente pregunta si se puede confesar por las redes sociales por teléfono, pero sabes, que eso es imposible porque podría dañar el secreto sacramental que conlleva este sacramento. Entonces ¿Qué hacer frente a esta realidad tan adversa?

El Papa Francisco, en una homilía en la casa de Santa Martha, dijo algo que me parece muy acertado en estos tiempos: **“tú has lo que dice el catecismo: si no encuentras sacerdote para confesarte, habla con Dios, Él es tu Padre. Y pídele perdón con todo el corazón, con el acto de dolor. Y prométele “después me confesaré, pero perdóname ahora”. E inmediatamente volverás a la gracia de Dios. Tú mismo puedes acercarte- como enseña el catecismo- al perdón de Dios, sin tener a mano un sacerdote. Un acto de dolor bien hecho volverá nuestra alma blanca como la nieve”.**

P. Carlos Ramírez Álvarez CM.